

Documento de Sala Conferencias N° 22
29 de abril de 1985

ORIGINAL: ESPAÑOL

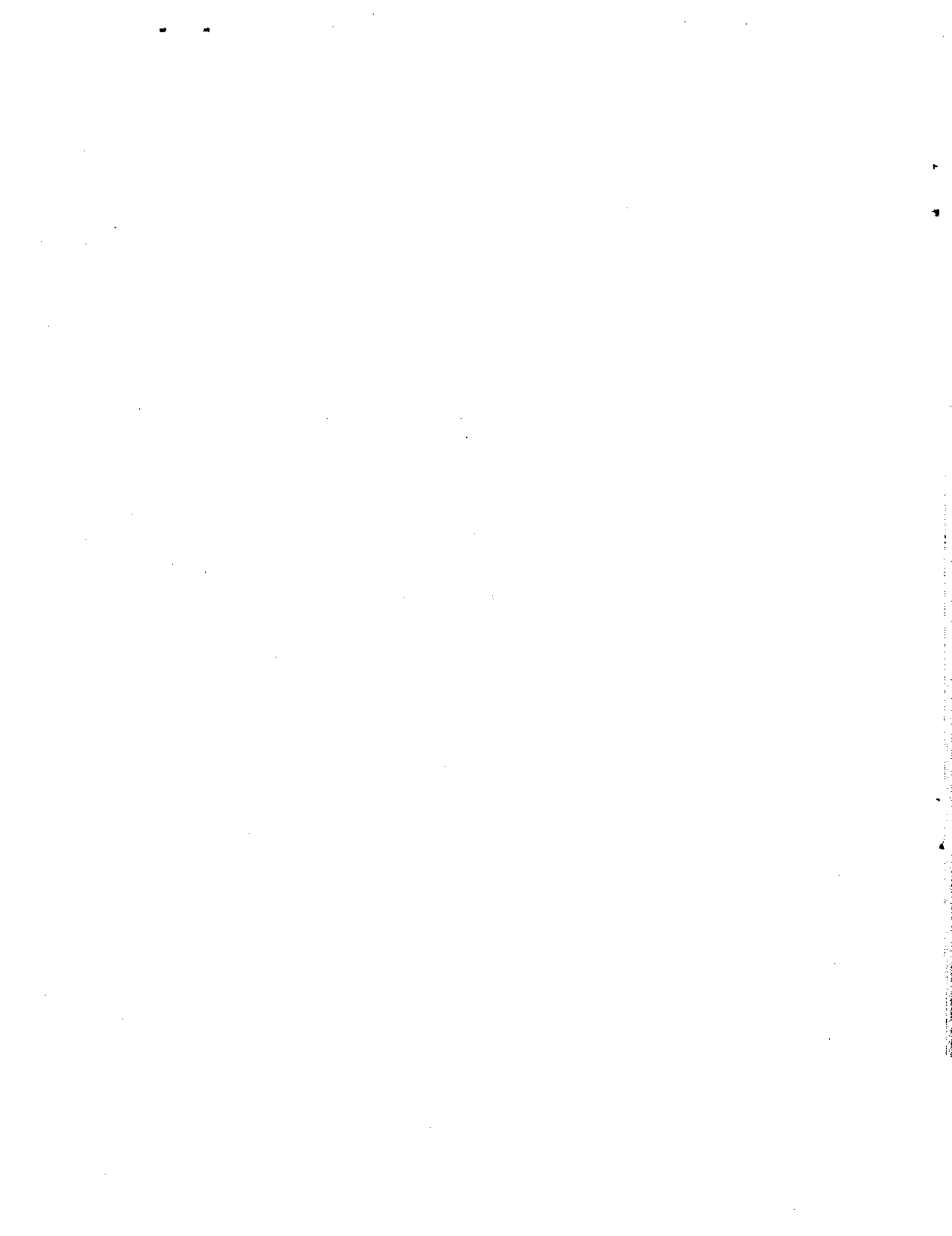
Reunión de Expertos sobre Crisis y
Desarrollo de América Latina y
el Caribe

Santiago de Chile, 29 de abril al 3 de mayo de 1985

EXPOSICION DEL DOCTOR RAUL PREBISCH

85-4-603

9312



EXPOSICION DEL DOCTOR RAUL PREBISCH

En el trabajo presentado a esta reunión sostengo que existe una crisis planetaria del capitalismo que, aparte de ciertos factores circunstanciales, es la expresión de problemas de fondo. No se trata de la decadencia del capitalismo, que mantiene un enorme empuje y capacidad de realizar grandes innovaciones tecnológicas, sino de fenómenos que resultan de las mutaciones de la estructura de la sociedad que acompañan a la evolución de la técnica y a las contradicciones de esta última. Estas mutaciones se reflejan en dos grandes tendencias al desequilibrio dinámico que abarcan tanto a los centros como a la periferia: el desequilibrio externo, que se manifiesta en las relaciones de la periferia con los centros, y el desequilibrio interno que se expresa en el interior de ambos.

Voy a decir primero algunas palabras acerca del desequilibrio externo que ha vuelto a presentarse con intensidad debido sobre todo al descenso de las extraordinarias tasas de crecimiento que habían experimentado los centros en los largos años que terminan en la primera mitad de los años de bonanza. Desequilibrio que ahora se agrava también por la influencia de las altísimas tasas de interés.

Es sorprendente que frente a este fenómeno estemos presenciando ciertas reminiscencias de conceptos que correspondían al desarrollo apendicular de la periferia a los centros. Conceptos prevalecientes antes de la Gran Depresión mundial.

La Depresión impuso la industrialización deliberada de la periferia. En aquellos tiempos adversos del comercio internacional, la industrialización

tenía que apoyarse necesariamente en la sustitución de importaciones, aunque ello fuera violatorio del dogma pretérito de la división internacional del trabajo.

Si menciono este hecho se debe a que de nuevo se está discutiendo, sobre todo en el centro dinámico principal del capitalismo, acerca de la apertura comercial y las ventajas que de ello derivarían para la periferia. Se recomienda con insistencia abrir las puertas a las importaciones de bienes y servicios en que se manifiestan las innovaciones tecnológicas, así como hacerlo sin condiciones a las inversiones extranjeras.

Es obvio que si estas medidas se tomaran lisa y llanamente se acentuaría la tendencia al desequilibrio exterior de nuestros países y lo único que podría corregir esta tendencia sería la liberalización por parte de los centros de las importaciones de manufacturas y de productos agrícolas provenientes de la periferia. En mi informe doy las razones que me vuelven escéptico acerca de las dimensiones que podría alcanzar una política de liberalización de esta naturaleza. Más aún, una parte de las ventajas comparativas que tendría la periferia podría desaparecer si los centros llevaran a la práctica innovaciones tecnológicas en las actividades afectadas por tal competencia. Creo, sin embargo, que cabe concertar entre centros y periferia una política que se base en el interés común de promover el desenvolvimiento del intercambio, pero aún en el mejor de los casos no creo que ello permita corregir fundamentalmente la tendencia al desequilibrio exterior; por ello, sería necesario insistir en la necesidad de sustituir importaciones, pero no en el marco estrecho de los mercados nacionales sino buscando arreglos

de concertación de la producción y el intercambio recíproco dentro de la periferia. lo cual, con el correr del tiempo, nos pondría también en condiciones competitivas con los centros. No olvidemos que las industrias que ahora son competitivas partieron de la sustitución de importaciones. Las fórmulas de hace un cuarto de siglo no han demostrado tener plena eficacia y es indispensable innovar en esta materia.

Sin embargo, sigue habiendo gran resistencia en ciertos sectores de los centros a la política sustitutiva de importaciones. El prominente banquero, señor David Rockefeller, se ha opuesto a ello y así también la doctora Krueger, distinguida economista del Banco Mundial. No creo que se haya comprendido aún que esta política sustitutiva no responde a una preferencia doctrinaria, sino a los obstáculos que encuentran nuestras exportaciones y al efecto adverso de las menores tasas de crecimiento de los centros. Hay que sustituir con tanto más intensidad cuanto menor sea el grado de receptividad de los centros a nuestras exportaciones.

También se nos recomienda el aperturismo financiero y se vuelve a proclamar sus ventajas en la asignación racional de recursos en el ámbito internacional. Pero ¿es que ha sucedido así cuando varios países se abrieron incondicionalmente en tiempos no muy lejanos?

El mercado de eurodólares ofreció a la banca privada internacional el incentivo de aumentar sus ganancias ofreciendo dinero fácil y abundante. Hubo una verdadera convergencia de irresponsabilidades. De los países acreedores porque se prescindió de toda regulación y de los países deudores porque no hubo generalmente el más elemental sentido de previsión.

Más aún, el mercado de eurodólares ha sido la consecuencia del desborde inflacionario de los Estados Unidos, gracias al doble carácter del dólar como moneda nacional e internacional. Y a este desborde ha seguido ahora la succión de recursos líquidos en el campo internacional, mediante extraordinarias tasas de interés, lo cual dificulta sobremanera la expansión económica de los otros centros capitalistas e incide muy seriamente sobre la periferia, especialmente sobre nuestra periferia latinoamericana. Se trata evidentemente de un problema político por su origen y también por sus consecuencias, puesto que esa banca defiende sus intereses llevando a comprimir las economías periféricas para reducir las importaciones y obtener el pago de servicios financieros con grandes márgenes, comisiones y gastos de todo linaje. Todo ello es sumamente grave y exige tomar perentoriamente decisiones políticas estableciendo un marco general de ampliación de plazos y fuerte reducción de las tasas de interés, dentro del cual se pueda seguir negociando. Si no descienden las tasas de interés, sea por acción deliberada o como consecuencia de un cambio de la política financiera de los Estados Unidos, vería yo el futuro con creciente preocupación pues por más que los países quieran y puedan pagar no tendrán los dólares suficientes para realizar la transferencia. Si no se ha tenido previsión en el pasado, se impone ahora para evitar males mayores que afectarían a todos.

Ahora quisiera exponer a ustedes ciertas ideas acerca de las tendencias al desequilibrio dinámico interno de la economía y a la necesidad de introducir transformaciones fundamentales para corregirlo.

No se daban estas tendencias en aquellos tiempos del capitalismo pretérito cuando los grupos superiores de la estructura de la sociedad podían captar sin contrapeso alguno gran parte del fruto del progreso técnico que se manifiesta en aumentos incesantes de la productividad. Eran aquellos los tiempos de pasividad de la fuerza de trabajo y de prescindencia del Estado en la redistribución del ingreso. Esas condiciones no se dan más y hoy la fuerza de trabajo, tanto por su poder sindical como por su poder político, disputa de más en más a los estratos superiores su apropiación del excedente, o sean gran parte del fruto del progreso técnico. También lo disputa el Estado y esto, a su vez, acrecienta y complica sus funciones. Viene desenvolviéndose en esta forma con creciente intensidad una intrincada pugna distributiva en que participan de una forma u otra diferentes grupos sociales que tratan de compartir el excedente en confrontación con los estratos avanzados. Yo sostengo en mi trabajo, y trato de demostrarlo, que esta pugna distributiva lleva fatalmente a un nuevo tipo de inflación que llamo social y que no puede corregirse con un instrumento monetario restrictivo que es a la vez socialmente regresivo y económicamente contraproducente, puesto que solamente puede tener éxito cuando ha provocado un desempleo que doblega el poder político y sindical de la fuerza de trabajo. Más aún, por mucho que tenga resultados transitorios, no corrige los factores fundamentales del desequilibrio.

En la periferia este fenómeno ha adquirido dimensiones mucho más importantes que en los centros debido a la especificidad de su capitalismo. En la pugna distributiva el ritmo de crecimiento del gasto, así en los centros como en la periferia, tiende a crecer más intensamente que el

ritmo de acumulación reproductiva de capital que es esencial para la multiplicación del empleo, la productividad y el ingreso. Y hay, en esta forma, una superposición de gastos pues los estratos superiores tienden a acrecentar continuamente su consumo de los bienes diversificados y cada vez más complejos provenientes de las innovaciones tecnológicas y, a medida que se opera el proceso redistributivo, también tiende a crecer la demanda de estos bienes junto con diversas formas de consumo social de la fuerza de trabajo a través del Estado, y los gastos propios del Estado, entre ellos los de carácter militar. Sucede, sin embargo, que este aumento de gastos no se hace a expensas del consumo privilegiado de los estratos superiores, sino que se superpone a él y va debilitando el ritmo de acumulación de capital.

¿Porqué en la periferia es más intenso este fenómeno de desequilibrio y por consiguiente la espiral inflacionaria? Pues por la sencilla razón de que siendo la productividad media muy inferior a la de los centros, se tiende a imitar con celeridad esas formas de consumo avanzado y diversificado de estos últimos, en desmedro del ritmo de acumulación de capital, lo cual se agrava por las contradicciones de la técnica, sobre todo en las que inciden en el ritmo de crecimiento demográfico.

Todo esto es muy grave, no solamente desde el punto de vista económico, sino también social y político. En efecto, en la pugna distributiva se multiplican los grupos sociales que disputan el excedente a los estratos superiores y en esta disputa se va erosionando el poder

político sobre el cual se apoya el Estado. El Estado se vuelve en verdad impotente para encauzar la pugna distributiva y la acumulación de capital reproductivo. Y así, en esta incesante contienda, se va debilitando el crecimiento de la economía y la multiplicación del empleo, la productividad y el ingreso.

No hay una solución en el juego de las leyes del mercado ni en la política monetaria. Yo he llegado a la conclusión terminante de que se impone una transformación del proceso de apropiación, acumulación y distribución del ingreso, o sea, una regulación macroeconómica del excedente global en sus mismas fuentes de origen y ello exige un consenso social en que participen los distintos grupos sociales y, especialmente, las vastas capas que han quedado excluidas de los frutos del desarrollo. Problema extremadamente difícil, no podría negarlo, pero no veo otra forma de salir de la crisis inflacionaria que en algunos países tiende hacia una desastrosa hiperinflación. El consenso social requiere -desde luego- un acuerdo democrático, con la participación de todos los grupos sociales. Solamente en esta forma podría restablecerse el poder político del Estado que es absolutamente esencial para cumplir y hacer cumplir el consenso social democráticamente logrado.

En todo esto se ubica primero una exigencia de racionalidad técnica, a saber, el aumento del ritmo de acumulación de capital y el uso adecuado de ese capital; segundo, la distribución equitativa de la acumulación y del fruto de ella; y tercero, que las decisiones que se tomen acerca de ello sean alcanzadas a través de adecuados mecanismos institucionales dentro del proceso democrático.

No se me ocultan los enormes obstáculos que hay que vencer para llegar a transformaciones de esta naturaleza. El problema dista mucho de haber sido debidamente esclarecido. Hay que desenvolver un gran esfuerzo de persuasión. Pero no se puede esperar mucho tiempo pues la crisis se va profundizando con gravísimas consecuencias. Por ello, creo que hay que iniciar esta regulación macroeconómica mediante una política de ingresos en la cual la fuerza de trabajo debería participar activamente en la acumulación de capital reproductivo, sin lo cual el desarrollo no podría salir de este atolladero.

No vacilo en apartarme de las formas convencionales que recomiendan la contención salarial para recuperar el excedente y permitir la acumulación en manos de los estratos superiores. Asimismo tampoco creo, tanto por razones económicas como políticas, que esta regulación tenga que hacerse solamente por el Estado. Por lo tanto, una regulación macroeconómica del excedente que sea a la vez racional, equitativa y democrática, sólo podrá basarse en un proceso de acumulación que reparta sus costos y difunda sus frutos entre todos los grupos sociales.

Sostengo sin reticencia alguna que esta función reguladora del Estado es completamente compatible con el desenvolvimiento de un mercado basado en la competencia y los incentivos a las empresas y a la fuerza de trabajo para elevar la productividad. Ha llegado el momento de una gran síntesis entre el Estado regulador y la libertad económica. El mercado es insustituible pero no constituye el supremo regulador

de la economía y la regulación del Estado se ha vuelto indispensable, pero no podría sobreponerse a la libertad económica sin sacrificar la eficacia del sistema. Gran preocupación del socialismo concreto y sus dirigentes. El socialismo concreto también está en crisis. Es una crisis de productividad ~~en~~ tanto que en el capitalismo se trata de una crisis provocada por la discrepancia entre el ritmo de acumulación y el ritmo del gasto.

Crisis del capitalismo y crisis de las ideas elaboradas en la segunda mitad del siglo XIX, que han quedado a la zaga de los acontecimientos. Hay que llegar a nuevas ideas y nuevas formas de acción. El capitalismo no está en decadencia, lo repito, pero podría entrar en ella si no se renueva para impulsar el desarrollo con grandes objetivos de equidad social y racionalidad para alcanzar esa equidad.

* * * * *

